

girondino de Hacienda) para conciliarlo todo, retirase su moción?—Las consecuencias hubieran sido terribles para el rey y para Dumouriez. Este comprendió el lazo que se le tendía y rechazó la oferta con furor, diciendo que al retroceder así, se excitaba más el ardor de la Asamblea, que se amotinaba al pueblo, que en lugar de veinte mil hombres vendrían cuarenta mil, sin necesidad de decreto, para derribarlo todo; y que él sabía bien el medio de evitar el peligro. Su idea era librar á París poco á poco de aquellos con pretexto de las necesidades de la guerra, obligándoles á que se dirigieran á Soissons.

A Robespierre no le gustó el decreto mucho más que á Dumouriez. La grande y generosa iniciativa que tomaba la Gironda al llamar allí sin temor aquella gente escogida y entusiasta de la Francia armada, mortificaba su corazón. Su temor, su hiel y su envidia se desbordaron ampliamente en su periódico y en los Jacobinos. Pero con ello dió ocasión á los hijos predilectos de la Gironda, como Girey-Dupré y Loubet, para que hicieran notar el acuerdo perfecto que existía siempre desde hacía algún tiempo entre las opiniones de Robespierre y las de la corte, sobre la guerra, por ejemplo y sobre el campamento de los veinte mil hombres.

Como consecuencia insinuaban maliciosa y pérfidamente que aquel Caton no estaba limpio, que bajo mano, quizá, y por caminos misteriosos, podía muy bien existir algún pasaje secreto desde las Tullerías á los Jacobinos y que el comité austriaco podía tener muy bien un órgano en la tres veces santa tribuna de la calle de Saint-Honoré.

La cuestión de los veinte mil hombres era de circunstancias, accidental, exterior. La cuestión interior magna era la del clero.

En espera de la Vendée, el clero hacía ya á la Revolución una guerra suficiente para hacerla morir de hambre. Había añadido al *Credo* un nuevo artículo: «El que pague la contribución está condenado.» Ningun artículo de fe encontraba al aldeano mejor dispuesto; con esta sencilla frase, hábilmente divulgada, el cura, sin moverse, paralizaba la acción del gobierno, cortaba el nervio de la guerra y entregaba la Francia al enemigo.

Nada igualaba á su audacia. En plena Revolución, la antigua jurisdicción eclesiástica reclamaba su independencia, obraba como soberana. Un cura del barrio de San Antonio se había casado; ninguna ley se lo prohibía, la Asamblea así lo había reconocido. Sin embargo, fué denunciado y perseguido por los superiores eclesiásticos.

La fuerza de la contrarrevolución, nunca lo diremos bastante, estaba en los curas. Decir que se podía apartar el obstáculo es no tener ninguna idea de la situación. El clero se había puesto en todas partes enfrente de la Revolución para impedirle el paso; llegaba con la fuerza de una impulsión inmensa, con alguna velocidad acumulada por el obstáculo y por los siglos, iba á chocar con aquella barra, rompiéndola ó rompiéndose.

El más dulce, el más humano de los hombres de la Gironda, Vergniaud, solicitó un decreto para la deportación de los curas rebeldes. Roland presentó en Abril los acuerdos ya tomados contra ellos por cuarenta y dos departamentos. El 27 de Mayo se acordó la urgencia del decreto. «La deportación se llevará á efecto dentro de un mes, fuera del reino si la solicitan veinte ciudadanos activos y es aprobada por el distrito y pronunciada por el departamento. El deportado cobrará tres libras diarias por gastos de viaje hasta la frontera.»

La sanción de este decreto era la verdadera piedra de toque que iba á servir para juzgar al rey.

Si le sancionaba, quitaba evidentemente su apoyo moral á aquella grande conspiración del clero que cubría la Francia. Si se negaba á sancionarlo, continuaba siendo el centro de acción, el jefe el verdadero general de la contrarrevolución.

No era, como se ha dicho tantas veces, una simple cuestión de conciencia, la de un individuo, sin responsabilidad que hubiera de consultarse consigo mismo. Era el primer magistrado del pueblo que continuaba ó dejaba de ser el jefe de una conspiración permanente contra el pueblo. Si su conciencia le ordenaba la ruina y la muerte del pueblo, su deber era abdicar.

Los Fuldenses, hechos realistas y privados del buen sentido por el exceso de la irritación, no contribuyeron poco á alentar su insensata resistencia. Defendían el fanatismo en nombre de la filosofía; era, decían ellos, asunto de tolerancia, de libertad religiosa—tolerancia de conspiradores y libertad de asesinos.—La sangre corría ya en varias provincias, especialmente en Alsacia. Simon, de Strasburgo, afirma que habían sido degollados ya más de cincuenta curas constitucionales, saqueadas las casas de sesenta, devastados sus campos etc., etc....

La obstinada negativa del rey á abandonar al clero enemigo de la Constitución, el apoyo tácito que prestaba á los curas rebeldes para que resistieran y persiguieran á los curas sometidos, equivalía á un perseverante llamamiento á la guerra civil. Podía decirse que tenía su bandera en las Tullerías, visible para toda la Francia.

El rey, á pesar de estar cautivo, veía todavía á su alrededor grandes fuerzas materiales. Creía contar con dos ejércitos: los *Realistas* concentrados en París, donde había, según se decía, hasta doce mil caballeros de San Luis; además la guardia constitucional, que sin embargo de estar licenciada, cobraba tranquilamente sus pagas y estaba dispuesta á obrar. El otro ejército eran los *Fuldenses*, muy numeroso en la guardia nacional, y que tenía todos los oficiales y muchos soldados en el campo de Lafayette. Bastaba, decían, que hiciese el rey la señal para que llegase Lafayette.

La insolencia de los *Fayetistas* y la viva oposición de este partido y de la Gironda, á los que se acusaba de que estaban unidos, surgió en una visita que dos ayudantes de campo de Lafayette hicieron á Roland,

sin objeto, sin pretexto aparente, como si solo hubieran querido ver al ministro para buscar una ocasión de armarle una querrela. Le dijeron lo que ya habían dicho en los cafés y en todas partes, que era preciso aumentar las tropas, *que los soldados eran cobardes*, etc. Roland tomó á mal esta última frase, defendió al ejército, al honor de la nación, dijo que debía acusarse á los oficiales antes que á los soldados; y escribió á Lafayette los asertos infundados de sus ayudantes. Lafayette contestó, como un verdadero marqués del antiguo régimen, que no habían podido franquearse con un hombre «que nadie conocía, cuya existencia había sido revelada por su nombramiento inserto en la *Gaceta*, que no creía una sola palabra de su relación *que odiaba las facciones y que despreciaba á sus jefes*».

Semejante lenguaje dirigido á un ministro no debía tomarse como insulto individual; era un reto al ministerio, al partido gobernante, á la Gironda, una declaración de guerra. Se podía conjeturar que el que hablaba en tono tan soberbio á la Asamblea, aquel César, iba de un momento á otro á pasar el Rubicon. Los Fuldenses, antes de la batalla obraban ya como vencedores. Uno de ellos, un representante en medio de las Tullerías, acometió á bastonazos al jacobino Grangeneuve, que era muy débil y raquítico, incapaz de defenderse, y que permaneció desmayado durante tres cuartos de hora. Aun continuaba golpeándole aquel furioso, cuando Saint-Huruge y Barbaroux se arrojaron sobre él, y á su vez les faltó poco para estrangularle.

Esperando á los Fuldenses, los realistas de París acababan de hacer un pedido de seis mil armas blancas, que fué sorprendido por el juez de paz de la sección de Bondy.

La tempestad amenazaba por doquiera. Y la Gironda, que al parecer dirigió la nave del Estado, no disponía del timón. Se daba aires de omnipotente, y no podía nada, y excitaba la envidia, dando lugar á Robespierre para que la demoliere diariamente.

Roland, ministro republicano de un rey que cada día se sentía más fuera de su centro en las Tullerías, no había puesto los pies en aquel sitio fatal, si no á condición de que un secretario nombrado *ad hoc* expresamente escribiese diariamente, con toda extensión, las deliberaciones y los acuerdos para que constasen, y en caso de perfidia se pudiera en cada asunto, decidir y distinguir, señalando la parte de responsabilidad que correspondía á cada cual.

No se cumplió la condición, pues el rey no la aceptó. Roland entonces, adoptó dos recursos que le ponían á cubierto. Convencido de que la publicidad es el alma de un Estado libre, publicó diariamente en un periódico, *El Termómetro*, todo lo que tenía utilidad de las decisiones del consejo; por otra parte redactó, con la colaboración de su mujer una carta franca, fuerte y enérgica, para dársela al rey, y más adelante quizás al público, si el rey se burlaba de él.

Esta carta no era confidencial; no prometía de ningún modo el se-

creto, à pesar de lo que se ha dicho. Se dirigía visiblemente á la Francia tanto como al rey, y decía, en términos propios, que Roland no había recurrido á este medio más que á falta del secretario y del registro que hubiesen podido atestiguar en su lugar.

Fuó entregada por Roland el 10 de Junio, el mismo día en que la corte empleaba contra la Asamblea una nueva arma, una petición amenazadora, en la que se decía pérfidamente, en nombre de ocho mil supuestos guardias nacionales, que el llamamiento de los veinte mil federados de los departamentos era un ultraje á la guardia nacional de París.

El 11 ó 12, en vista de que el rey no hablaba de la carta, tomó Roland el partido de leerla en voz alta en el consejo. Aquel documento verdaderamente elocuente, es la suprema protesta de una lealtad republicana, que sin embargo aun señala al rey la única manera de salvarse. Hay en él palabras duras, nobles y tiernas, y esta que es sublime:

«No, la patria no es una palabra, es un ser por el que se hacen sacrificios, al que cada día se adhiere uno más por los cuidados que ocasiona, que se ha creado con grandes esfuerzos, que se eleva en medio de inquietudes, y que se ama tanto por lo que cuesta como por lo que de él se espera...»

Siguen graves advertencias, profecías demasiado verídicas sobre las probabilidades terribles de la resistencia, que obligará á la Revolución á concluir con sangre.

Aquella carta obtuvo el mejor éxito que podía desear su autor. Fué causa de su destitución. La reina, aconsejada por los Fuldenses, creyó que podía arrojar del ministerio á la Gironda, al partido que predominaba en la Asamblea, lo cual equivalía á prescindir de la Asamblea y á gobernar sin ella. Audacia extraña que se basaba en una suposición muy gratuita, á saber: que podrían llegar á una avenencia Dumouriez y los Fuldenses, conciliar á los dos generales enemigos de la Gironda, Dumouriez y Lafayette, y con estas dos espadas romper las plumas de los abogados.

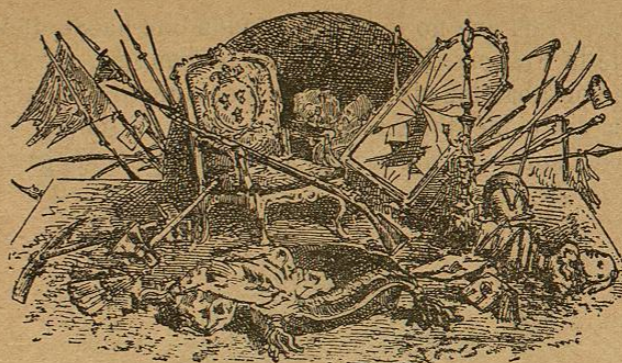
Lo difícil era conseguir que, destituido Roland, continuasen Servan y Clavieres, para soportar solos la indignación del público y de la Asamblea. Se logró gracias á una mentira y á una treta pueril. El rey engañó al ministro; el sencillo y el cándido supo más que el intrigante; dió á entender á Dumouriez que podría sancionar el decreto de los veinte mil hombres, y el otro contra los curas, cuando le hubieran librado de los ministros girondinos. Dumouriez, contando con esta promesa, cometió la fea acción de destituir á sus colegas. En el mismo día fueron felicitados por la Asamblea, que declaró habían merecido bien de la patria.

Trató aquél de rehabilitarse con un golpe de audacia; en el mismo momento fué á presentar á aquella Asamblea irritada y conmovida una

notable memoria sobre el estado real de nuestras fuerzas militares. Aquella memoria estaba en parte dirigida contra Servan, el último ministro. Sin embargo, no habiendo estado Servan más que quince días en el poder, era más bien contra Grave, y aun mejor contra Narbonne, su predecesor, contra quien se dirigían los reproches.

El valor de Dumouriez y su buen continente, le realzaron mucho. Sin embargo, no tenía más que un medio para durar, el obtener del rey la sanción de los decretos.

Se había comprometido horriblemente, casi perdido, contando con aquella esperanza. Pero precisamente porque la corte lo creía así, no se preocupaba de disculparle. Los Fuldenses habían dicho á Dumouriez que no tenía más que un camino, echarse en sus brazos firmando la negativa de sanción, y que á ese precio le reconciliarían con Lafayette, que llegaba expresamente para perseguirle. De este modo le creían cogido sin remisión y preso en sus redes. El rey le habló con el tono imperativo y majestuoso del rey antes del 89, ordenándole á él y á sus colegas que autorizaran con sus rúbricas y sellos *el veto*.—Al otro día, Dumouriez y sus colegas presentaron sus dimisiones.—El rey estaba muy agitado. «Las acepto» dijo con aire sombrío. Su doblez no había producido ningún resultado. El intrigante más intrépido no podía continuar. La corte se hallaba al descubierto, desenmascarada ante el pueblo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO V

### El 20 de Junio.—Invasión de las Tullerías, el rey amenazado.

Peligro de la anarquía —Peligro de un golpe de Estado.—Lafayette escribe al rey que resista (16 de Junio del 92).—Indecisión, variación de la Asamblea.—¿Quién preparó el 20 de Junio? Parte que en él pudo tener Danton.—Discurso de un hombre del pueblo.—Robespierre contrario al movimiento.—Conciliábulo en casa de Santerre.—La Asamblea parece que autoriza el movimiento.—Marcha inofensiva del pueblo.—Los directores le obligan á forzar las puertas del palacio.—El rey sorprendido y amenazado.—Su fe y su valor.—Como divierte al pueblo.—Valerosa fiereza de la reina.—Petion en las Tullerías.—Última resistencia del rey.—El pueblo se cansa y se retira.

Las dos fuerzas enemigas, la revolución y la corte, se hallaban dispuestas á chocar, frente á frente.

El rey, al usar del *veto*, su arma constitucional, al aceptar las dimisiones de los ministros de la mayoría, había hecho salir el poder de las manos de la Asamblea. La Asamblea era el único poder reconocido en Francia; lo que la podían quitar no volvía al rey. Resultaba, pues, la destrucción del poder y el advenimiento de la anarquía.

Surgía en todas partes por la nulidad y la inercia de las autoridades, aun las más populares y nacidas de la elección. Un estado de división, de dispersión horrible se iniciaba por doquiera. Ninguna acción del centro á las extremidades que uniese las partes al todo. Y en cada una de las partes la división iba subdividiéndose. El gobierno revolucionario que va á empezar y que con frecuencia es llamado el entronizamiento de la anarquía, resultó, por el contrario, el medio violento, horrible; pero al cabo el único medio de que la Francia se librase de ella.

Aquella disolución se verificaba en presencia del peligro que hubiera exigido la concentración más fuerte, ante una crisis de esas en que todo ser, en peligro de muerte, se estrecha y se recoge, buscando su unidad más fuerte.

El enemigo estaba allí enfrente, y vencedor ya, parecía que no se